



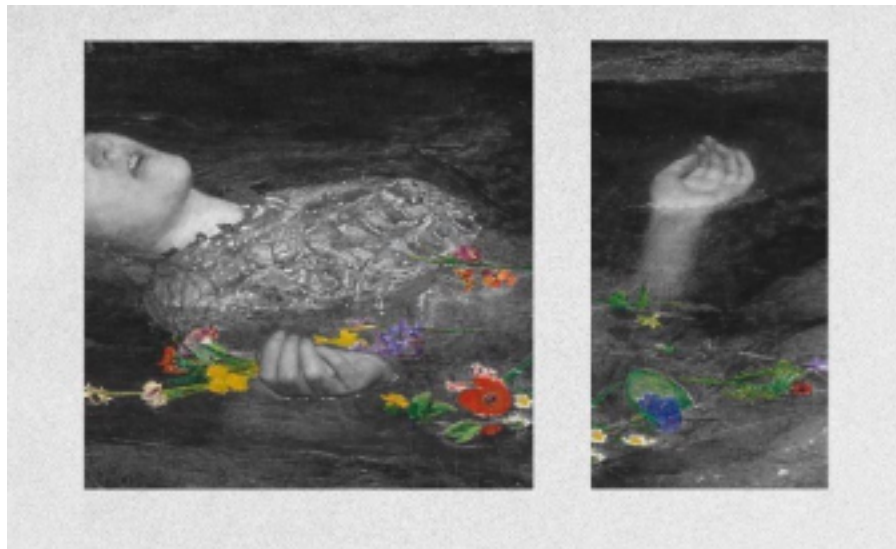
**UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO**

**FACULTAD DE PSICOLOGÍA**

**TRABAJO INTEGRADOR FINAL**

**“Desear duelar.**

*Un recorrido sobre el duelo y su relación con el deseo desde Freud y Lacan”*



**Investigación bibliográfica**

**Autora: María Cecilia Kampff**

**Legajo: k-5013/1**

**Docente Responsable: Ps. Jorge Faccendini**

**-2020-**

**Agradecimientos**

A mi familia y amigas, por acompañarme en este intenso y apasionante camino, por su amor y apoyo incondicional.

A Estefanía, amiga y compañera de estudios por enseñarme del dolor y el amor y por transitar juntas momentos de pérdidas y alegrías.

A Jorge Faccendini, por su lectura atenta, su acompañamiento y compromiso. Uno de esos docentes en los cuales lo imposible de la transmisión en psicoanálisis no lo es tanto por su claridad en la enseñanza, su humildad y su deseo puesto en la transmisión. A Sebastián Roma y Miguel Ángel Gomez, docentes del espacio TIF, por su dedicación y por sostener el espacio con paciencia, humor y amor.

A Freud, por el psicoanálisis, la pasión de mi vida.

Resumen.....	
4	
Introducción.....	
5	Primera aproximación: el duelo como desafío..... 8
	El trabajo del duelo..... 10
	La identificación condición de la perdida: no hay duelo sin resto..... 13
	Lo irremediamente perdido.....
16	“Yo era su falta” y la ética del duelo..... 19
	.....
Conclusiones.....	
22	Referencias bibliográficas
.....	25

**Resumen**

El presente trabajo problematiza la categoría del duelo al interior de la doctrina psicoanalítica buscando reflexionar acerca de la relación existente entre el duelo y el deseo. Se parte de situar al duelo como un desafío tras una pérdida significativa que introduce un quiebre en la vida de una persona.

Los desarrollos freudianos permiten ubicarlo bajo el estatuto de trabajo psíquico que se realiza para inscribir la pérdida y recuperar la capacidad deseante. Se sitúan dos escenas de lectura del duelo en Freud y se las ubica como versiones complementarias que posibilitan fundamentar en qué consiste el trabajo que el duelo opera así como el modo en el que el yo se modifica mediante la elaboración de la pérdida.

Con Lacan, se ubica la función duelo en su carácter estructural. Las pérdidas contingentes tienen el estatuto de segunda pérdida en la medida en que actualizan la pérdida inaugural, siendo el duelo la ocasión de retransitar la irreparable falta objetal que engendra al sujeto como tal y arribar a una nueva posición deseante.

Finalmente, se reflexiona acerca de la época actual y su incidencia a la hora de pensar el trabajo del duelo y los tiempos singulares de elaboración. En contraposición a la moral del

capital se propone una posición ética frente a los duelos, solo desde allí será posible acompañar el dolor y el trabajo de ir de la pérdida al deseo. Las conclusiones a las que se arriban se ligan a pensar al duelo desde la ética del psicoanálisis.

## **PALABRAS CLAVES**

Psicoanálisis

Duelo

Deseo

Ética

## **Introducción**

*El duelo es un gran enigma, uno de aquellos fenómenos que uno no explica en sí mismos, pero a los cuales reconduce otras cosas (Freud, La transitoriedad)*

¿Cómo será después? es la pregunta del duelo, solo quien atraviesa una pérdida vive inquieto por qué pasara luego si es que será posible seguir. El duelo se constituye en un desafío que interpela al sujeto al conmovier el orden simbólico, introduciendo un quiebre en el ordenamiento que lo sostenía en su vida cotidiana. Ya nada será igual a partir de una pérdida significativa, algo cambia radicalmente “la situación antes y después del duelo nunca es la misma,” señala Zopke (1997, p. 62), tal vez en ello radique el carácter enigmático que Freud le otorga al duelo en el texto *La transitoriedad*.

El presente escrito busca interrogar la categoría del duelo al interior de la doctrina analítica con el objetivo reflexionar acerca de la relación existente entre duelo y deseo, partiendo de advertir que tanto el duelo como el deseo nos confrontan con lo más íntimo e impensable de cada quien, en este sentido no hay posibilidad de construir un saber

cerrado sobre el duelo o sobre el deseo. Incluso podemos decir que ambos agujerean el saber y además confluyen la problemática psicoanalítica del objeto perdido, desde estos puntos será posible aproximarnos a pensar una relación entre ellos.

Ciertas preguntas guían y causan el recorrido: ¿qué perdemos en lo que perdemos?, es decir, ¿qué perdemos cuando perdemos un objeto de amor? ¿Es sustituible esa pérdida? Y fundamentalmente ¿cuál es la relación del duelo con el deseo?

Sostener estas preguntas implica desnaturalizar el lugar del duelo, problematizar la teoría analítica respecto al tema para arribar a un posicionamiento clínico y ético, entendiendo a la ética del psicoanálisis como aquella que marcha a contrapelo de todo ideal, incluso de aquellos que impone la época actual referidos al consumo y a demandas impiadosas de obligatoria felicidad. Se trata de una ética que no se corresponde con lo señalado como “el bien común”, que da lugar a lo que no anda, y que en el caso del proceso de duelo lleva a respetar el dolor subjetivo que ciertas pérdidas conllevan y los tiempos de elaboración siempre singulares. Interrogar la categoría del duelo, entonces, no será sin este horizonte ético.

A tales fines realizaremos una lectura, análisis y selección de los textos psicoanalíticos referidos al duelo. Si bien los desarrollos de Freud y Lacan serán el objeto principal de análisis e indagación, también nos serviremos de aportes de otros autores como Daniel Ripesi, Jean Allouch, Roland Barthes, entre otros, que nos permitirán reflexionar sobre la problemática en cuestión.

Partimos de considerar que el duelo es un concepto que atraviesa casi toda la obra de Freud y gran parte de los desarrollos lacanianos, sin embargo sus concepciones son disímiles, Freud nos habla del duelo como trabajo psíquico de elaboración frente a una pérdida, mientras que Lacan va más allá de Freud otorgándole al duelo un estatuto estructural en la constitución del sujeto deseante, corriéndolo del fenómeno episódico del trabajo. En los desarrollos lacanianos encontramos que el duelo tiene una función estructurante subjetivante, enlazada estrictamente al deseo, de ahí que el duelo entrañe una erótica. El duelo estructural planteado por Lacan habilita la posibilidad de que “haya otros duelos subsidiarios por otros objetos” (Faccendini & Zuliani, 2018, p.151), es decir sienta las bases para que el trabajo del duelo tenga lugar. Así, trabajo y función serán las categorías principales de análisis que nos permitirán interrogar de qué modo el duelo se entrama como vector de la posición deseante del sujeto. Conviene, entonces, delimitarlas:

### Freud y el trabajo del duelo

En 1915 Freud redacta el primer borrador de *Duelo y Melancolía* con el fin de ser presentado en la Sociedad Psicoanalítica de Viena, aunque fue publicado como artículo

5

en 1917, se trata de un texto canónico que ha sido objeto de múltiples análisis y controversias. Allí Freud (2006) liga la palabra “duelo” con el término “trabajo” (*der Arbeit*) y sostiene que el trabajo del duelo consiste en desprenderse de un objeto ya perdido, ¿volver a perder lo que ya se perdió? Dicho trabajo implica un movimiento de ligazón/desligazón libidinal, pieza por pieza, detalle por detalle de todos los enlaces con ese objeto, y señala que “una vez cumplido el trabajo del duelo el yo se vuelve otra vez libre y desinhibido” (Freud, 2006, p.243). A su vez, indica que el trabajo del duelo finaliza cuando el objeto perdido llega a sustituirse. Se puede coincidir con Allouch (1996) y leer aquí una versión romántica de duelo ¿un trabajo sin restos? Sin embargo, en *El Yo y Ello* Freud (2008) sostiene que para perder un objeto de amor es necesario conservar algo de lo perdido, una marca, un rasgo, trazo de la falta que relanza el deseo... A partir de estas dos versiones freudianas de duelo ¿Cómo pensar la relación del trabajo del duelo con el deseo?

### Lacan y la función del duelo

Los desarrollos lacanianos respecto a la problemática del duelo son extensos, comienzan en el seminario VI *El deseo y su interpretación* donde lee la tragedia de Hamlet en términos de una tragedia del deseo en tanto pone en juego una economía abreviada del duelo, continúan en el seminario VIII *La transferencia* donde sitúa al duelo del lado del analista y prosiguen en el seminario X *La angustia* donde produce la invención del “objeto a”, el cual le fue inspirado durante una de sus lecturas de *Duelo y melancolía*, según Lacan mismo comenta. A los fines del presente Trabajo Integrador Final (T.I.F) nos limitaremos a tomar los desarrollos de Lacan en el seminario de *La angustia*, ya que la invención del objeto a, objeto inicialmente perdido, nos permite preguntarnos qué lugar tiene el duelo en la constitución del sujeto como deseante, situando al duelo en su estatuto estructural. Perdemos lo completo al ingresar al mundo del lenguaje, una libra de carne debe ser pagada. La función del duelo estructural sienta las bases para que el trabajo de duelo tenga lugar. Los duelos posteriores tienen el estatuto de segunda pérdida, son la actualización de algo que perdimos en primera instancia, de ahí que Lacan diga “solo estamos de duelo por alguien de quien podemos decir yo era su falta” (Lacan, 2017, p.155). En este sentido, cabe subrayar que la pérdida no se ubica únicamente del lado del objeto, sino también del lado del sujeto doliente, entonces... ¿De qué modo el duelo se entrama con la posición deseante del sujeto? ¿Cuál es la función del duelo para Lacan?

Queda de este modo trazado, en forma de hoja de ruta, el camino que se emprenderá en el presente T.I.F: de Freud a Lacan, del trabajo del duelo a la función del duelo como estructural y desde allí a la pregunta acerca de la pérdida en su vinculación con el deseo. Recorrido enmarcado en el objetivo general de interrogar la problemática del duelo en su relación con el deseo, pero no se tratará solo de un trayecto teórico sino también de arribar a un posicionamiento clínico que nos permita reflexionar sobre la dimensión ética de la práctica psicoanalítica.

El psicoanálisis nos enseña que el duelo no se presenta de modo cerrado, unívoco, trabajo pautado, sino que se encuentra marcado por la apertura, por las vicisitudes de cada duelo: por la posición singular del sujeto del duelo, por experiencia subjetiva de la pérdida. Tampoco al interior de la doctrina analítica hay una única manera de concebir el duelo, el duelo es un enigma que conlleva un trabajo psíquico plantea Freud, el duelo tiene una función señala Lacan. A su vez, hay duelos que llevan al sujeto a análisis buscando aliviar el dolor, elaborar la pérdida, pero también el propio análisis conlleva un duelo, ya que para que un sujeto pueda modificar aquellas posiciones y fijaciones que lo llevan a repetir siempre las mismas escenas y originan padecimiento es necesario hacer un duelo respecto de aquello que creía ser para el Otro. Si bien esta última vía no será abordada aquí, todo lo mencionado hace que resulte pertinente interrogar la problemática del duelo en un T.I.F de la carrera de grado de psicología.

6

Perdida, duelo, trabajo, deseo, desafío son significantes que recorren el escrito, pero también modos de habitar el psicoanálisis y la vida. Hay en esos significantes una misma directriz: la de la apuesta, la del salto que se ejecuta sin garantías, lo cual lleva también a reflexionar sobre la ética del duelo, que no es otra que la ética del deseo, aquella que se sostiene en la lógica del uno por uno, y que nos recuerda que en el campo del deseo como en el del duelo, como en el del amor, no hay verdades absolutas, no hay destino predeterminado, no hay modos pautados, en suma, no hay garantías.

En una época donde impera el mandato mercantil de “ser feliz”, en una época que no da lugar a la tristeza (ni siquiera durante una pandemia), donde la angustia o el sufrimiento se tratan como patologías, interrogar la categoría del duelo y la experiencia

subjetiva de la pérdida implica también un posicionamiento ético, en esta línea se intentará arribar a una conclusión.

### **Primera aproximación: el duelo como desafío**

Comencemos por señalar que el término duelo no pertenece originalmente al lenguaje psicoanalítico, pero a partir de Freud el psicoanálisis se ocupará de él, no solo en lo que hace a su teorización, sino también a sus modos de aparición en la experiencia clínica. Cuando en su célebre texto *Duelo y melancolía*, Freud (2006) define al duelo como “la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que ha sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etc.” (Freud, p.241) y propone que dicha

perdida conlleva un trabajo de elaboración, efectúa una desnaturalización del duelo: el duelo es un acontecimiento tal para el sujeto que pone a trabajar al aparato anímico. Es, entonces, Freud quien le otorga al duelo raigambre psicoanalítica, y, así, el estado anímico que la situación del duelo acarrea tanto como las vicisitudes respecto a la tramitación de la pérdida - lo que Freud llama trabajo del duelo - serán temas de interés para el psicoanálisis.

Ahora bien, si nos remitimos al origen etimológico del término duelo, según se menciona en la RAE (1987), vemos que se origina en dos raíces latinas *dolus* (dolor) y *duellum* (desafío).

En los antiguos tiempos, el duelo remitía a una batalla entre dos caballeros que se desafiaban, quienes a través de armas, y de acuerdo a reglas explícitas o implícitas, tenían un honor que salvaguardar y un odio que satisfacer. La victoria en el duelo se reconocía como un acto de heroísmo y de distinción, incrementaba la respetabilidad del vencedor. Quien atravesaba el desafío y salía victorioso de la batalla, no sin heridas y dolor (*dolus*), revestía de un brillo nuevo a los ojos de sí mismo y de la sociedad. Esta acepción del duelo como desafío se remonta a dicha práctica cultivada desde el siglo XV hasta el siglo XIX en las sociedades occidentales (RAE, 1987).

Desde el psicoanálisis podemos servirnos de la etimología a condición de ir más allá de ella, de este modo se puede decir que también para el psicoanálisis el duelo está ligado al dolor y al desafío ya que, por un lado, el duelo conlleva dolor psíquico, pena aflicción, ante la pérdida de un objeto muy significativo, es decir un objeto de amor, porque como señala Freud (2006) "si el objeto no tiene para el yo una importancia tan grande, una importancia reforzada por millares de lazos, tampoco es apto para causarle un duelo" (Freud, 2006, p.253). Se trata de un objeto que compromete narcisísticamente al yo y por eso tras la pérdida algo de la subjetividad queda desgarrado, desmembrado, roto. Al respecto, en *De guerra y muerte* Freud (2003) sostiene: "cada uno de aquellos seres amados, era, en efecto un trozo de su propio yo amado" (Freud, 2003, p 291).

Entonces, como primera aproximación, que luego iremos desarrollando, podemos decir que el dolor del duelo está ligado a la reacción que se produce porque el objeto amado ya no está o al menos no está disponible como el yo quisiera que este y porque a su vez, esta ausencia provoca también una herida narcisista. En esta línea, el psicoanalista Daniel Ripesi (2014) señala que el dolor del duelo se debe a lo que de nosotros mismos muere con el objeto perdido.

Pero, justamente por tener el carácter de acontecimiento que introduce un quiebre en el ordenamiento subjetivo, además de estar ligado al dolor, el duelo se constituye en un desafío para el doliente, desafío a la estructura subjetiva para recomponer el universo simbólico, luego de la herida que le provocó esa ausencia irremplazable que implica la pérdida de un objeto amado. En este sentido, si bien Freud en *Duelo y melancolía* define al duelo como una reacción normal, al mismo tiempo "es una experiencia fuertemente conmovedora" (Paciuk, 1998, p.4) que pone en juego todos los recursos psíquicos del sujeto. Nada será igual después del desafío del duelo, de ahí que "el duelo entrafña una posición subjetiva no efectuada hasta el momento" (Zöpke, 1997, p.57).

8

Sirviéndonos de la etimología, la hipótesis que sostenemos es que el duelo confronta al sujeto con el dolor, con lo inevitable de la ausencia, pero también con el desafío y posibilidad de hacer algo con eso, propiciando, muchas veces un cambio de posición subjetiva: la escritura de un trazo nuevo que relanza la vía del deseo.

En este sentido, Freud en *Duelo y melancolía* señala que en el transcurso de un duelo el mundo se hace pobre y vacío, la pérdida del objeto amado pone en cuestión la realidad por eso el doliente pierde interés por las cosas mundanas, el mundo revela

crudamente su estatuto de ficción, nada pareciera tener valor, sin embargo, por eso mismo, porque el mundo revela su estatuto de ficción, muchas veces el duelo convoca al acto. Todo lo que antes importaba, enredando al sujeto en banalidades, deja de importar; y un acto tantas veces postergado se realiza. En la misma línea, en su texto la *Transitoriedad*, Freud también hace referencia a los efectos que puede tener una pérdida en el sujeto. Considera que a pesar del dolor “puede desencadenar, en la medida de lo singularmente posible, el anhelo de vivir y la capacidad productiva y creativa del hombre” (García, 2009, p.102). En dicho texto señala que no es rechazando las cosas de la vida por su condición de perecederas que la vida es soportable sino por aceptar que las cosas de la vida, como la vida misma, son provisorias. Aceptar la caducidad de las cosas es lo que permite que estas recuperen su valor y valga la pena vivirlas.

Ahora bien, ¿cómo transformar una ausencia en la presencia de un deseo?  
¿Cómo hacer del dolor otra cosa?

Podemos decir, siguiendo los desarrollos freudianos, que para ello se requiere un trabajo que demanda tiempo y esfuerzo, mientras que el dolor del duelo es producido por la reacción frente a la pérdida del objeto amado y también por aquello que de nosotros mismos perdemos en la pérdida, el trabajo del duelo es aquello que posibilitara tramitar el dolor, ¿para qué? nuestra hipótesis es que el trabajo del duelo se realiza para volver a desear, es decir se requiere de un trabajo para inscribir la pérdida, para no quedar aplastado por el dolor de lo perdido y poder recuperar la capacidad deseante. El trabajo del duelo implica poder separarse del objeto, dándole al sujeto la posibilidad de recuperar la libertad del funcionamiento psíquico (Pelegrí y Romeu, 2011). En la misma línea, Zopke (1991) señala “podemos decir que al término del trabajo de duelo, el sujeto recupera su deseo” (Zopke, p.70, 1991) o al menos este es el objetivo del trabajo del duelo.

Sin embargo, no se trata de un trabajo sencillo, en el confluyen tanto el modo en que una comunidad o estructura colectiva aborda la temática de la pérdida como la dimensión absolutamente particular de tramitación que se expresa en la singularidad de cada caso. Estas dos dimensiones operan y se entrelazan en la tramitación del duelo, en la posibilidad de inscribir la pérdida y en el tiempo subjetivo de elaboración.

Pero además, como señalamos en la introducción, el duelo y su trabajo constituye un desafío al interior de la doctrina psicoanalítica, no hay una única manera de pensar el duelo, no hay una versión unívoca, ha sido objeto de múltiples controversias y debates: ¿un trabajo con resto o sin resto? ¿Un trabajo que permite arribar a un objeto sustituto? ¿Un trabajo fundante?, son algunos interrogantes que despierta la lectura de la literatura analítica respecto al tema. Tal vez, las controversias radiquen justamente en la imposibilidad de elaborar una teoría cerrada sobre el duelo, ya que tal como situamos en el punto de partida, el duelo nos confronta con lo impensable, con lo indecible que inquieta lo más íntimo de la subjetividad de cada quien.

Podemos incluso ubicar que el duelo constituyó un desafío para Freud desde el inicio de su teoría, que formula y reformula a medida que avanza en sus conceptualizaciones y en su praxis clínica, que muchas veces aborda de manera desplazada e indirecta (al igual que Lacan) y que no deja por fuera las pérdidas y duelos del propio Freud. Entonces, partiendo de considerar al duelo como un desafío (tanto para el sujeto del duelo como para la doctrina psicoanalítica) avancemos en nuestro desarrollo siguiendo la pregunta freudiana: “¿en qué consiste el trabajo que el duelo opera?” (Freud, 2006, p.242).

## **El trabajo del duelo**

*Solamente un deseo puede impulsar a trabajar a nuestro aparato anímico (Freud,*

Como ya hemos mencionado con anterioridad, en 1915 Freud redacta el primer borrador de *Duelo y melancolía* con el fin de ser presentado en la Sociedad Psicoanalítica de Viena en el correr de ese mismo año, aunque fue publicado como artículo en 1917. Si bien *Duelo y melancolía* no es la primera ni la última palabra sobre la temática del duelo en la obra freudiana es considerado como el escrito que se ocupa de establecer las implicaciones y condiciones del estado de duelo, Freud emprende allí una exposición de doctrina.

Dicho texto constituye una prolongación del estudio y la teorización realizada en *Introducción del narcisismo*. Las elucidaciones se trazan sobre la base de la distinción entre libido yoica y libido de objeto. Al respecto, James Strachey (2006) expone que *Duelo y melancolía* “puede considerarse una extensión del trabajo sobre narcisismo que Freud escribiera un año antes” (Strachey, 2006, p.239). Una continuación que intenta ajustar -y desajustar- el lazo entre libido y objeto. Sin embargo, Freud no escribió el artículo para establecer una versión inédita del duelo, sino que el propósito inicial de este trabajo es echar luz sobre lo que ocurre en algunas melancolías a partir de compararla con el duelo, entendiendo este último como un afecto normal.

Ahora bien, a pesar de definir al duelo como un afecto normal, como una reacción esperable y no patológica frente a una pérdida, Freud (2006) liga el termino duelo al termino trabajo (*der arbeit*). Es decir, en *Duelo y melancolía* se presenta una versión de duelo que no puede ser reducida a una reacción cuando se fundamenta en el duelo un trabajo.

La conceptualización del duelo como trabajo debe relacionarse directamente con otro término un tanto más general que es el del trabajo psíquico. En distintos momentos de su obra Freud habla de trabajo: *Durcharbeiten* trabajo psíquico, *Traumarbeit* trabajo de sueño, *Trauerarbeit* trabajo de duelo. Hay una labor que es necesaria poner en práctica frente a determinados sucesos o acontecimientos, el trabajo psíquico -también traducido como elaboración psíquica- implica: temporalidad, ligazón e inscripción. Al respecto el psicoanalista Cristian Landriel (2016) en *Algunas consideraciones sobre el duelo* señala:

La noción de trabajo se halla ligada en Freud al punto de vista económico, ya que está unida al trieb de la pulsión: una exigencia constante e incansable de trabajo impuesta al aparato psíquico.

En este sentido, en distintos tramos de la obra de Freud, la pérdida de un ser querido es considerada una vivencia traumática, un modelo paradigmático de fijación afectiva a algo del pasado. (...) Freud expone que lo traumático implica exceso y fijación. Hay un exceso en la intensidad del estímulo, por lo que fracasa su tramitación por vías normales. (Landriel, 2016, p.35)

Entonces, si el duelo exige un trabajo es porque se trata de un acontecimiento traumático que altera la regulación económica del aparato psíquico y no puede ser reducido a una mera reacción. En qué consiste específicamente el particular trabajo del duelo, es una de las preguntas que se hace Freud en el mencionado texto. Dirá que el trabajo de duelo consiste en una labor bien precisa, se trata de ligar y desligar las investiduras libidinales, los enlaces que se tenían con ese objeto de amor que se ha perdido, se trabaja entonces sobre el enlace libidinal a una ausencia. La secuencia que Freud (2006) describe es la siguiente:

El examen de realidad ha mostrado que el objeto amado ya no existe más, y de él emana ahora la exhortación de quitar toda libido de sus enlaces con ese objeto. A ello se opone una comprensible renuencia; universalmente se observa que el hombre no abandona de buen grado una posición libidinal, ni aun cuando su

sustituto ya asoma (...) Lo normal es que prevalezca el acatamiento a la realidad. Pero la orden que esta imparte no puede cumplirse enseguida. Se ejecuta pieza por pieza con un gran gasto de tiempo y de energía de investidura, y entretanto la existencia del objeto perdido continúa en lo psíquico. Cada uno de los recuerdos y cada una de las expectativas en que la libido se anudaba al objeto son clausurados, sobreinvertidos y en ellos se consume el desasimiento de la libido. (...) Una vez cumplido el trabajo del duelo el yo se vuelve otra vez libre y desinhibido. (Freud, 2006, p.242)

Desglosemos esta compleja y controversial secuencia planteada por Freud. En principio encontramos que el duelo surge a partir de una pérdida irreversible, no refiere solo a la muerte de un ser querido, sino que puede tratarse de una separación, de la pérdida de un trabajo, un ideal, en suma un objeto de amor, algo que se ha querido. Tras la pérdida, el examen de la realidad indica que el objeto amado ya no existe más, el examen de la realidad hace, de pronto excesivamente real esta ausencia, la hace vacío. Incluso podríamos pensar que la pérdida pone en cuestión la realidad, por eso “el mundo se hace pobre y vacío” (Freud, 2006, p.243), la pérdida es tal que ya nada parece tener sentido.

Dicho examen demanda que la libido abandone todas las ligaduras que se tenían con el objeto, pero surge una oposición, ya que como bien señala Freud (2006) el hombre no abandona gustoso las posiciones de su libido. La pérdida compromete la posición libidinal del sujeto del duelo, no solo por la importancia de a quién pierde el sujeto, sino qué pierde de él en esa pérdida. En este punto se puede pensar que aquello que Freud describe sobre el melancólico; “sabe a quién perdió, pero no lo que perdió en él” (Freud, 2006, p.243) también puede ser aplicado al proceso de duelo, en tanto la pérdida de un objeto de amor pone en juego también una dimensión inconsciente en relación a lo que se pierde de uno mismo en lo que se ha perdido, en este punto hay algo de la pérdida que implica cierto desconocimiento y resulta indecible.

Entonces, dada la importancia libidinal de la pérdida, es lógico que la orden impartida por el examen de la realidad no se cumpla en seguida y que el dolor del duelo sea tan grande: se requiere de un trabajo pieza por pieza, que lleva un gran gasto de tiempo y energía. El tiempo del duelo instaura una temporalidad distinta al tiempo cronológico o al tiempo ligado al ideal productivo del mercado, se trata de un tiempo singular que jamás podría protocolizarse ni establecerse anticipadamente.

A su vez, Freud agrega algo más: el objeto amado continúa teniendo existencia en lo psíquico, es decir, que el objeto esté perdido en la realidad objetiva no quiere decir que el objeto esté perdido en lo psíquico, por eso el sujeto del duelo se enfrenta con la tarea de consumir por segunda vez la pérdida del objeto amado. Este punto resulta central para comprender el trabajo del duelo. El desprendimiento normal del objeto amado requiere construir su ausencia, la dilución progresiva de aquella existencia psíquica que lo mantenía con vida en el recuerdo, en palabras de Freud (2006): “cada recuerdo anudado al objeto es clausurado, sobreinvertido y en ellos se consume el desasimiento de la libido” (p. 243). El duelo, entonces, ¿tiene que ver con el recuerdo o con el olvido? Observamos un movimiento paradójico de ligazón- desligazón libidinal, por un lado el examen de la realidad llama a quitar la libido de todos los enlaces que se tenían con el objeto amado, pero para realizarlo es necesaria una actividad de ligazón, sobreinvertidura y recuerdo. Al respecto, Faccendini & Zuliani (2018) mencionan que la labor del duelo implica un recordar, el duelo atañe a la función de representación: se traen a la conciencia todos los recuerdos que están en conexión asociativa con el objeto perdido. Los autores ponen como ejemplo una situación en que la persona durante el proceso de duelo va caminando por una calle determinada y se acuerda cuando paseo allí con su amado, o ve una película y recuerda cuando la vieron juntos, etc. En el momento de recordar, el examen de la realidad indica que aquello que se perdió no está más (Faccendini & Zuliani, 2018).

Por su parte, Ripesi (2004) señala que este movimiento de desligazón y recuerdo

es necesario para hacer de un vacío una ausencia que relanza el deseo, tal es la finalidad del trabajo de duelo. En esta línea, resulta interesante pensar el movimiento de

11

ligazón- desligazón que implica el trabajo del duelo a partir del juego del Fort – Da explicado por Freud (2009) en *Más allá del principio de placer*, como un juego simbólico fundante constitutivo del sujeto, en el cual sitúa la ausencia de la madre como aquello traumático que requeriría de todo un esfuerzo de procesamiento psíquico.

El bebe, según afirma Freud, no sabe distinguir ausencia temporaria de pérdida definitiva, es decir que el infans debe construir una presencia como límite de una ausencia, como condición necesaria a la capacidad de trabajo de duelo. El primer duelo, el de la madre en su ir y venir, da a lo psíquico la medida de lo tolerable, un cierto ritmo.

En este juego de desaparecer y volver, el Fort “se fue” resulta lo más significativo, dado su carácter de repetición e insistencia. Frente al hecho de la ausencia materna, el niño de apenas un año y medio de edad, necesita inscribir psíquicamente dicha ausencia para así poder operar con la misma (Freud, 2009).

Ahora bien, si el Fort consiste en la desaparición del carretel, dicho movimiento ¿no es una desligazón? Por lo tanto, el Da, la vuelta, ¿nos indicaría así la ligazón con el objeto, la unión con el mismo? Entendemos que, en este juego de ausencia y presencia, que marca un ritmo, una alternancia, la ligazón consiste tanto en arrojar y hacer desaparecer el carretel y por lo tanto, en la separación del mismo, como en su vuelta, en su reaparición. La ligazón se realiza sobre la energía libre que irrumpe en el aparato y posibilita inscribir, registrar la pérdida, desligarse del objeto.

Cuando el objeto materno se va, aparece la necesidad de ligar para perder, de convertir esa ausencia en pérdida. En el mismo momento en que el carretel simboliza a la madre, se liga la energía a un objeto, al carretel, para que desaparezca; se liga y desliga del objeto. A su vez, la vuelta del objeto, o sea el Da, ya nos muestra una vuelta efectuada sobre un fondo de ausencia. Es una reaparición del objeto, retorno en cuyo trayecto se produce una marca, una inscripción.

Observamos, entonces, que este trabajo de ligazón y desligazón forma parte de un mismo proceso, de un mismo gesto y movimiento libidinal; la ligadura y la desligadura son intrínsecas a nuestro lazo con el otro. Podemos pensar que no se liga con el fin de retener el objeto y aferrarse a él para posteriormente en una sencilla oposición simétrica, desligarse. Es la ligazón con el objeto lo que posibilita la desligazón. En consecuencia, comprendemos esta tarea psíquica de ligazón- desligazón como lo propio del duelo, como un trabajo que permite inscribir la ausencia como pérdida y no se trata de un mero poner y quitar la libido.

Encontramos ejemplificado este movimiento en *fragmentos de un discurso amoroso*, específicamente en su apartado titulado *La ausencia*, Barthes (2008) escribe:

A veces ocurre que soporto bien la ausencia. Estoy entonces normal: me ajusto a la manera en que todo el mundo soporta la partida de una persona querida, obedezco con eficacia al adiestramiento por el cual se me ha dado muy temprano el hábito de estar separado de mi madre. (...) La ausencia dura, me es necesario soportarla. Voy a manipularla: transformar la distorsión del tiempo en vaivén, producir ritmo, abrir la escena del lenguaje (el lenguaje nace de la ausencia: el niño se agencia aun carrete de hilo, lo lanza y lo recupera imitando la partida de la madre, se crea así un paradigma). La ausencia se convierte en una práctica activa, en un ajeteo (que me impide hacer cualquier cosa); en él se crea una ficción de múltiples funciones (dudas, reproches, deseos, melancolías). Esta escenificación lingüística aleja la muerte del otro: un momento muy breve, digamos, separa el tiempo en que el niño cree todavía a su madre ausente y aquel en que la cree ya muerta. Manipular la ausencia es aplazar este momento, retardar tanto el tiempo como sea posible el instante en que el otro podría caer descarnadamente de la ausencia a la muerte. (Barthes, 2008, p. 34-35)

El Fort- Da al que Barthes refiere, manipula la ausencia del objeto amado, movimiento a partir del cual la ausencia real deviene simbolización de ausencia y por lo tanto posibilidad de inscripción de la pérdida y separación. Simbolizar la ausencia no depende de una erradicación compulsiva, en el recuerdo, del objeto perdido, sino de recordar para

12

que el vacío devenga ausencia, para que haya lugar para otra cosa, lo cual implica soportar que, con la emergencia de nuevos objetos de amor y la conservación psíquica del que se perdió, se iluminen, para bien y para mal, ciertas diferencias que posibilitan que el deseo se sostenga y no quedar aplastado por el dolor de la pérdida.

En este punto y para finalizar este apartado nos gustaría referirnos a lo que Freud plantea como finalización del trabajo de duelo: el encuentro de un nuevo objeto de amor “en remplazo del llorado”, señala que una vez cumplido el trabajo del duelo el yo queda libre y la libido pasa a estar disponible para investir otros objetos. Allouch (1996) lee aquí una versión romántica del duelo, sostiene que “la versión freudiana del duelo intenta garantizar la restitución de la pérdida” (Allouch, 1996, p.63), una suerte de sustitución sin resto.

Sin embargo, en ningún momento Freud señala que este nuevo objeto supone una sustitución total que recubre al anterior. Incluso, desde una lectura psicoanalítica podemos pensar que el carácter de sustituto no es otra cosa que la muestra de que el sujeto no se encuentra con el objeto de la satisfacción, sino, más bien, con la perpetuación de su falta. El objeto está perdido desde el vamos y esto es condición de deseo. El duelo revela esta falta de objeto originaria. Por eso mismo, todo objeto es un subrogado y comporta la marca de la insatisfacción. El nuevo objeto implica la posibilidad de recuperar la investidura libidinal y la fuente deseante, lo que permite al sujeto relanzarse en la siempre infructuosa e inadaptada pesquisa de nuevos objetos, es decir, le permite seguir deseando.

Al respecto Ripesi (2004) en su libro *Quemar las naves*, sostiene una maravillosa lectura sobre el polémico planteo freudiano referido a la finalización de un duelo. El autor señala que es la intervención de un nuevo objeto de amor lo que inaugura la posibilidad de un duelo; es en lo que este nuevo objeto ilumina de diferente al anterior, lo que hace notar su falta: el duelo es precisamente el de una diferencia - en lo que va de un objeto a otro- y no el de un objeto en sí mismo. Y agrega “el duelo no sustituye un objeto por otro, el duelo reinicia una metáfora” (Ripesi, 2004, p.55), quizás la de aquello que resulta inalcanzable en uno y otro y que solo puestos en relación se puede sopesar de algún modo.

La metáfora que se reinicia es una metáfora que tiene que ver con el deseo, sabemos que el deseo no se satisface nunca pero cada encuentro deseante se arma de diferentes maneras y el deseo no se satisface de diferentes maneras. En el duelo se trata de la posibilidad de ir construyendo esas diferencias deseantes, así el final de un duelo tiene que ver con la posibilidad de pasar a otra cosa, otros encuentros, otros amores, otros deseos.

Pero para poder poner nuevamente en marcha la metáfora deseante, recuperar la capacidad deseante, es necesario conservar un rasgo de aquello perdido, trazo de la falta que relanza el deseo. Avancemos entonces en la segunda versión freudiana del duelo, tal vez nos permita darle otra vuelta a la cuestión del objeto sustituto y el deseo a partir de leer el trabajo del duelo a la luz de la problemática identificatoria.

**La identificación condición de la pérdida: no hay duelo sin resto**

Hasta aquí hemos problematizado el trabajo del duelo tomando principalmente los desarrollos freudianos presentes en el texto *Duelo y melancolía* junto con aportes de otros autores. Resulta importante destacar que dicho texto se enmarca en la primera tópica freudiana (conciente, preconciente, inconciente), más precisamente se trata de un texto bisagra entre la primera y la segunda tópica, tal como señalan Faccendini & Zuliani (2018). Los autores plantean que si en la primera tópica el acento estuvo ubicado en el trabajo de los representantes, sus formas sucesivas de traducción, el accionar de las huellas mnémicas dentro del aparato, en la segunda tópica opera un descentramiento que va desde el representante representativo de la pulsión a la lucha pulsional, verdadero

13

combate producido al interior del Ello. A su vez señalan que el motor del pasaje entre una tópica a otra está producido por la evidencia clínica de las partes inconcientes del yo (el ideal del yo, las resistencias y la conciencia moral) (Faccendini & Zuliani, 2018).

A partir de la mencionada segunda tópica, desarrollada en *El yo y el ello* encontramos en la obra freudiana una segunda versión del duelo, que de alguna manera ya estaba preanunciada en *Introducción del narcisismo*, momento en el que Freud (2009) plantea que el yo se constituye a partir de un nuevo acto psíquico. Nuevo acto psíquico que en base a lo planteado en *El yo y el ello* y con ayuda de los desarrollos de Lacan (2002) en *El estadio del espejo (...)* podemos leerlo en clave de una identificación que dará lugar a la conformación del yo.

Sin embargo, en *Duelo y melancolía* Freud (2006) señala que la investidura de objeto relevada por una identificación es privativa de la melancolía, identificación que fundamenta y explica que el conflicto entre el yo y el objeto se haya mudado a dos partes del yo, donde una crítica a la otra. De allí que las famosas querellas del melancólico sean quejas que se realizan al objeto que ha sido incorporado al yo. Pero no se trata de una identificación lograda sino de una identificación narcisista donde la sombra del objeto cae sobre el yo, lo aplasta (Freud, 2006). El yo pasa a ser el objeto sustituto sobre el que se desata la furia de la instancia crítica sin freno alguno, “esta identificación narcisista será el sustituto de la investidura de objeto de amor para que justamente no deba resignarse el vínculo de amor. Es algo muy paradójico porque se resigna la investidura pero no el objeto” (Faccendini & Zuliani, 2018, p.48). La identificación narcisista sería una falla identificatoria en tanto el objeto no se puede perder.

En cuanto al duelo, en *Duelo y Melancolía* Freud (2006) no contempla la posibilidad de un proceso identificatorio para elaborar la pérdida de un objeto de amor. Mientras que en *El yo y el ello* Freud (2008) empieza a postular que ante una pérdida de objeto hay un proceso identificatorio, la identificación deja de ser un proceso circunscripto a la melancolía:

En aquel momento (*remite a Duelo y melancolía*), empero, no conocíamos toda la significatividad de este proceso (...). Si un tal objeto sexual es resignado, porque parece que debe serlo o porque no hay otro remedio, no es raro que a cambio sobrevenga la alteración del yo que es preciso describir como erección del objeto en el yo. Quizás el yo, mediante esta introyección (...) facilite o posibilite la resignación del objeto. Quizás la identificación sea en general la condición bajo la cual el ello resigna sus objetos (...). El yo es una sedimentación de las investiduras de objetos resignadas, contiene la historia de esas elecciones de objeto. (Freud, 2008, P.31)

Advertimos que la identificación se presenta como una operación estructurante del yo. Ahora bien, una cosa es plantear la identificación como respuesta ante una pérdida y otra es postular la identificación como necesaria para que una cosa diferente pueda ocurrir (en este caso la pérdida). Es decir, para perder el objeto se requiere identificarse

con él. Esta es la vía que toma Freud (2008) en *El yo y el ello* al plantear que la identificación es la condición bajo la cual se resignan los objetos. Una pérdida de objeto es relevada por un proceso identificatorio que hace a la introyección de un rasgo en el yo, conformando el carácter del yo.

Se trata de una identificación regresiva, parcial, en tanto se toma un único rasgo que habilita a que se inscriba lo perdido. Si pensamos en el trabajo del duelo podemos decir que identificarse con el objeto es una forma de elaborar la pérdida, cuando tras un duelo la persona se identifica con ciertos rasgos del objeto y utiliza, por ejemplo, la ropa del padre que murió, o se identifica con ciertas formas de hablar, toma un rasgo que permite una historización de la pérdida, constituyéndose en testimonio de la pérdida que permite recordar lo que se amó, simbolizar la ausencia. De esta forma el yo se modifica mediante la elaboración de la pérdida y esto le permite seguir adelante.

Tomar un rasgo del objeto es la única forma de elaborar la pérdida, se trata de una marca de la falta que relanza el deseo, es decir, a partir de la identificación existe

14

la posibilidad de tomar una parte, de simbolizarlo. Como mencionamos anteriormente, son identificaciones al rasgo, no masivas; por eso lo que dice Freud (2006) respecto de que la sombra del objeto cae sobre el yo en la melancolía, no implica que el yo toma ciertos rasgos del objeto que perdió, es al revés, el yo es aplastado por el objeto y se ve condenado a perderse en lo perdido, no hay posibilidad de instaurar un espacio que permita sostener el deseo, el yo es totalmente absorbido por el objeto. La sombra del objeto en el yo es lo contrario al deseo, porque el deseo necesita del espacio que permite escribir e inscribir un trazo nuevo.

A partir de lo expuesto en relación a las dos escenas de lectura referidas al duelo podríamos pensar que la concepción freudiana del duelo alcanza una formulación con forma de aporía: por un lado se afirma que el objeto es pasible de ser sustituido (1915-1917); por el otro un rasgo del objeto es conservado en la identificación necesaria para poder elaborar la pérdida (1923).

Sin embargo, resulta más interesante pensar estas versiones como complementarias, leemos que en *Duelo y melancolía* Freud (2006) sitúa el final del duelo en la posibilidad de investir nuevos objetos, si bien no dice que este nuevo objeto remplace al anterior tampoco habla de marcas de lo perdido como posibilidad de elaboración. En esta lectura no dice mucho sobre el proceso de elaboración. Mientras que en una segunda lectura leemos que opera una introyección de un rasgo del objeto como marca de que el objeto se ha perdido, como posibilidad de elaboración. Entonces, para recuperar la capacidad deseante, la movilidad de la libido y sustituir el objeto (sustitución no total) hay que tomar algo del objeto, rasgos de lo perdido que posibilitan simbolizar la ausencia. En este punto resulta interesante destacar la lectura que realizan Faccendini & Zuliani (2018), señalando que “la marca que se introyecta no es del objeto, sino de la ausencia del objeto; es decir que la identificación testimonia la pérdida de objeto y no su conservación” (p. 48). Entonces no es que se conserva el objeto sino la marca de su ausencia; el trabajo de duelo cobra el sentido de ser aquello que inscribe la pérdida y no solamente la resignación del objeto o la pérdida de objeto en sí.

Para concluir el presente apartado, tras lo desarrollado, podemos decir que la identificación en el duelo es producto de un trabajo, del proceso que va de la experiencia de desaparición del objeto amado hasta la aceptación de la pérdida y la adquisición de algún rasgo que como trazo simbólico se constituye en la marca que conmemora en el yo la ausencia del objeto en tanto insustituible e irremediablemente perdido. A partir de la cual se podrán investir otros objetos que si bien no replazaran al anterior permiten relanzar la metáfora deseante, de modo que la falta cause un deseo que posibilite seguir viviendo, seguir amado, seguir deseando.

Tal como señala Zopke (1997) “la situación antes y después del duelo nunca es la

misma, el duelo es una marca o tiene función de marca” (Zopke, 1997, p. 62), queda en el yo una marca que testimonia la ausencia del objeto, por eso decimos que no hay duelo sin resto, siempre queda un trazo, resto de lo perdido. A partir de la identificación en el duelo el yo tiene la posibilidad de modificarse mediante la elaboración de la pérdida, pero para eso debe renunciar a una parte de sí mismo, para que esa marca pueda tomar el lugar recordatorio de lo perdido. Por lo tanto, no se vuelve a ser el mismo a partir de la pérdida, en tanto algo del yo se va con el objeto.

A su vez, como mencionamos en los apartados anteriores, para causar un duelo ese objeto tuvo que estar investido narcisísticamente; por eso también se pierde una parte de sí con el objeto que se fue. Pero, ¿qué de nosotros perdemos en lo que perdimos? ¿Qué queda de ese objeto perdido?, son preguntas que sostuvimos desde el inicio del trabajo y que nos permitirán seguir avanzando en el desarrollo. En esta línea, tomaremos los aportes del psicoanalista Jacques Lacan para pensar el duelo en su relación con la estructuración del sujeto deseante y con aquello irremediamente perdido.

15

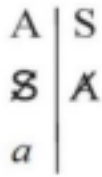
## **Lo irremediamente perdido**

Jacques Lacan no dedicó ningún escrito referido específicamente al duelo. No obstante, la cuestión no estuvo por fuera del campo de su interés, abordó el tema en varios de sus seminarios. Quizás podamos leer en ese abordaje desplazado, más o menos indirecto, la decisión de ajustarse a la cualidad de un asunto que no se deja tomar directamente, por su parte Freud no hacía otra cosa cuando realizaba el rodeo por la melancolía para pensar el duelo.

Sin embargo, sus preguntas no son las mismas, a nuestro entender Lacan va más allá de los desarrollos freudianos al preguntarse cómo se constituyen los objetos a partir de los cuales será posible hacer un duelo, dirá que la problemática del duelo en psicoanálisis está relacionada con el estatuto del objeto.

Si bien, en el *seminario VI* Lacan (2016) lee la tragedia de Hamlet en las coordenadas de tragedia del deseo en tanto pone en juego una economía abreviada del duelo, es en el seminario de 1962-63 denominado *La angustia*, donde sitúa más claramente que el duelo tiene una función estructural en la constitución del objeto operando en el deseo y por lo tanto la constitución de un sujeto deseante. Al respecto, no hay que perder de vista que en el *seminario X* Lacan (2017) reformula el estatuto del objeto y produce lo que Allouch (2004) denomina la invención del objeto a. Se trata de un objeto que no tiene estatuto ontológico o sustancial, sino que es el objeto que pone en movimiento el deseo. En este sentido, la constitución del sujeto respecto del Otro involucra un duelo originario: perdemos lo completo al ingresar al mundo del lenguaje, el objeto a es aquel objeto irremediamente perdido, que causa, motoriza el deseo.

Para explicar el duelo en su carácter estructural y el estatuto de este objeto tan enigmático funcionando en el deseo tomaremos los esquemas de la división subjetiva expuestos por Lacan (2017) en el mencionado seminario. El primer esquema se encuentra ubicado ya en la segunda clase, allí presenta al objeto a como resto de la constitución del sujeto en el campo del Otro.



Primer esquema de la división

Lacan explica que el primer piso del esquema se trata de un nivel mítico donde encontramos al Otro originario como lugar del significante y al sujeto todavía no existente, al sujeto por venir, que debe situarse ya como determinado por el significante.

Señala que con respecto al Otro, el sujeto, que depende de él se inscribe como conciente. El sujeto mítico realiza una primera operación interrogativa al Otro, le dirige su pregunta: ¿qué deseo?, y el Otro responde *Che vuoi* (¿qué quieres?). El Otro no responde con un objeto sino que pone en juego su propia carencia, frente a la cual el sujeto vuelve a preguntarle ¿qué me quieres?

Estructuralmente no hay ningún lugar en el Otro que pueda responder por la posición del sujeto como deseante. Esta operación interrogativa que haría el sujeto mítico para que se produzca la división genera el Otro (A) barrado. Entonces en el segundo piso del esquema se da la constitución del Otro como afectado por una falta y su efecto de determinación en el sujeto como dividido; la primera inscripción del sujeto en el campo del Otro es el sujeto barrado, atravesado por el significante, a partir de que el Otro también está afectado por una falta (Lacan, 2017).

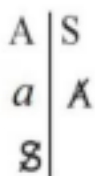
Pero Lacan señala que no se trata de una operación limpia, sino que hay en el sentido de la división, un resto, un residuo, algo no significantizable: el objeto a. Este

16

resto es prueba y única garantía de la alteridad del Otro, es decir no garantiza al Otro, sino su alteridad.

Podemos decir que el encuentro con el A del lenguaje tiene como consecuencia no sólo la barradura del sujeto, sino también la del Otro, y, que esta división tiene un resto: es el objeto a. Este resto, “este desecho, esta caída, esto que resiste a la significantización, es lo que acaba constituyendo el fundamento en cuanto tal del sujeto deseante” (Lacan, 2017, p.190).

Lo interesante es que luego, en la clase 12 del seminario, titulada “*La angustia señal de lo real*” Lacan plantea el tercer esquema de la división subjetiva, y allí ubica el objeto a como antecedencia al sujeto dividido.



Tercer esquema de la división

Entonces, el objeto es un producto, resto que cae de la operación de constitución del sujeto en el campo del Otro, pero que opera en un nivel de antecedencia lógica, como causa del deseo (Lacan, 2017)

La novedad en la inversión de términos, es que en el caso del tercer esquema el objeto a precede al sujeto barrado. De lo cual podemos leer que no hay constitución del sujeto sin caída del objeto. Hay sujeto deseante en la medida en que algo se pierde; un vacío irreductible a la simbolización, que subjetiva, causa, divide al sujeto y esto es: una falta radical. De este modo, la constitución subjetiva no depende únicamente de la

afirmación del orden simbólico, sino del duelo por aquello perdido que se resiste a la captura simbólica: el objeto a. Duelo por un objeto que estructura al sujeto como deseante.

Ahora bien, ¿de qué se trata este objeto radicalmente perdido? es precisamente “un objeto externo a toda definición posible de objetividad” (Lacan, 2017, p.98). Es un objeto que tiene el estatuto de vacío, de agujero; es anterior a la constitución del objeto común, por eso no es intercambiable, comunicable, socializable. Es el objeto que causa el deseo y no aquello hacia lo que el deseo tiende.

También, a lo largo del seminario Lacan lo ubica en la dimensión de representar aquello que el sujeto pierde por su entrada en lo simbólico: “la libra de carne.” La introducción en lo simbólico se paga con un pedazo de sí mismo que el sujeto pierde en relación al Otro, en tanto el ser hablante está privado simbólicamente de un significante que dé cuenta de su ser. Lacan (2017) lo expresa diciendo:

La relación con el Otro donde se sitúa toda posibilidad de simbolización y de lugar en el discurso va a dar con un vicio de estructura.

El paso más que hay que dar es concebir que en este punto tocamos aquello que hace propiamente posible la relación con el Otro, o sea, con aquello donde surge que haya significante.

Este punto donde surge que haya significante es el que, en cierto sentido, no puede ser significado. Es lo que llamo punto falta de significante. (Lacan, 2017, p.149).

Donde se sitúa toda posibilidad de relación con el Otro, el sujeto da con un vacío, una falta que el símbolo no suple. Entonces, tal como situamos anteriormente, en la operatoria de la división del sujeto en la medida en que falta en el campo del Otro un significante, algo del sujeto se desprende y cae como resto, y por eso escribimos A/barrado y sujeto barrado; \$.

17

La respuesta que da el sujeto al enigma que implica su constitución en el campo del Otro es el fantasma. Es decir, ante la falta de un significante que dé cuenta del deseo del Otro y del propio, el sujeto responde con el armado de una escena fantasmática a partir de la cual organizará su erótica. El fantasma intenta ponerle a aquel lugar vacío un objeto señuelo, sustituto; así permite llevar algo de lo que no hay (objeto adecuado para la satisfacción) a lo parcial. Es decir, la maniobra que el fantasma opera permite que un objeto devenga deseable, que funcione como condición del deseo. Sin ese movimiento el deseo sería pura falta mortificante. Pero para que esto sea posible debe estar operando el lugar del objeto ligado a la causa, que tal como explicamos, se trata de un lugar que se logra mediante un duelo. Por eso, la función del duelo es estructurante y es lo que habilitará a que haya un lugar sobre el que luego podrán ubicarse objetos en el fantasma. El fantasma le asigna un lugar a la imposibilidad de la existencia de un objeto, vela la falta de objeto pero también la sostiene, porque el deseo se sostiene en aquel vacío causante que va más allá de cualquier objeto que se ofrezca fantasmáticamente.

A partir de este breve desarrollo podemos preguntarnos qué sucede en los duelos contingentes, en aquellas pérdidas de objetos de amor que se producen a lo largo de la vida de una persona. En principio, corresponde ubicar que tienen el estatuto de segunda pérdida en la medida en que son la actualización de aquello perdido en primera instancia, de la pérdida estructural, de ese vacío incolmable. Frente a este vacío en el transcurso de su vida la persona intentará colmarlo con diferentes objetos, ideales, proyectos, amores, ficciones necesarias que pulsan la vida deseante (objetos parciales en el fantasma). Ya que si el vacío es dejado tal cual se torna mortificante, pero también si es recubierto por un desplazamiento continuo y sin fin de objetos de consumo, como observamos en la

época actual, se pierde el deseo como movimiento, se promueve una sustitución sin resto que deja al sujeto aplastado en una ilusoria búsqueda de completud. Porque como sitúan Faccendini & Zuliani (2018) si bien no hay deseo sin desplazamiento, el desplazamiento continuo no es deseo, sino su rechazo sistemático.

Ahora bien, la pérdida de un objeto de amor actualiza esa falta que hasta el momento estaba velada. Por eso el duelo hace vacilar el armado fantasmático, es decir, hace caer el velo con el cual el fantasma sostenía al objeto, y pone en evidencia que no hay significantes que permitan recubrir el agujero real que dejó la pérdida.

El duelo, entonces, es la ocasión de retransitar la irreparable falta objetual que engendra al sujeto en tanto tal, a partir de la pérdida se constituye el sujeto del deseo, por lo tanto durante el proceso del duelo también se pone en juego ese deseo. Como situamos al inicio del recorrido, la pérdida de un objeto de amor desafía la estructura simbólica, introduce un quiebre en el ordenamiento fantasmático al reinstalar la falta inaugural de la condición subjetiva. Por eso, en el duelo siempre habrá un sujeto por advenir, es decir, la posibilidad de que emerja una nueva posición deseante. Al reeditar la falta instituyente, el duelo se convierte en la ocasión privilegiada de propiciar una transformación de la relación del sujeto con el objeto del fantasma, en este sentido; “la función del duelo no sería el cambio de objeto, sino la transformación de la relación del sujeto con el objeto fantasmático” (Bauab, 2001, p. 37). El trabajo del duelo no se trata de la sustitución de un objeto por otro sino de un cambio de la posición del sujeto y del objeto en el fantasma a partir de una nueva experiencia de simbolización de la falta. La pérdida pone más bien a prueba la capacidad que tiene el sujeto de disponer de la falta, en el sentido de movilizar los recursos simbólicos e imaginarios para estabilizar la estructura ante aquel embate de lo real, de modo que todo duelo implica un cambio de posición; la pérdida de un lugar simbólico y la adquisición de otro partir de un trabajo. Así, la conmoción que genera un duelo abre paso a un nuevo posicionamiento del sujeto en relación al deseo, se abre un horizonte en el que se dibuja lo incierto del deseo como pura posibilidad. Por eso, tras el duelo muchas veces se inicia la búsqueda y el encuentro con anhelos postergados o actividades artísticas sublimatorias, que se constituyen en modos de hacer con la falta.

El duelo nos coloca obligadamente en posición de falta en tanto deseantes, al respecto Allouch (1996) en su *Erótica del duelo (...)* señala que quien está de duelo es en

18

primer lugar un deseante que no quiere serlo. Nadie elige estar de duelo, el acontecimiento de la pérdida irrumpe, siempre a destiempo, de manera sorpresiva, nunca se está preparado. Por lo tanto, si bien nos deja en posición deseante se requiere de un trabajo para poder inscribir lo perdido, subjetivar la pérdida y arribar a un nuevo posicionamiento en relación al deseo. Desde la perspectiva lacaniana el trabajo del duelo es aquel que permite delimitar el vacío que deja lo perdido, inscribir esa pérdida como falta a partir de la movilización de una labor significativa que intentará dar cuenta de lo perdido. Si bien el movimiento significativo no alcanza a recubrir el vacío real, permite circunscribirlo y realizar allí una escritura nueva, hacer con la falta otra cosa, tal vez sacar a relucir un rasgo creativo, que aunque no reemplazará lo perdido permite seguir deseando, gestar un nombre para aquella incognita inconmensurable que implica la pérdida de un objeto de amor y también alojar aquella dimensión de la pérdida que resulta indecible, en tanto compromete además el lugar - siempre enigmático - que ocupábamos o que creíamos ocupar en el otro.

**“Yo era su falta” y la ética del duelo.**

*Y ahora quiero quedarme sin palabras, saber perder lo que se pierde*  
(Mirta Rosenberg, Retrato terminado)

*El duelo es algo distinto de una enfermedad. ¿De qué quieren que me cure?*  
(Barthes, Diario de duelo)

Siguiendo los desarrollos lacanianos (2017) podemos situar que en el duelo la pérdida no se ubica únicamente del lado del objeto, sino también del lado del sujeto doliente, en la medida en que el duelo como segunda pérdida actualiza la falta en ser estructural. Por eso, el duelo es la pérdida de objeto pero también la pérdida del sí mismo, una parte de nosotros se va con otro. En ese sentido, es posible pensar que el trabajo del duelo se realiza para separarnos de esa parte de nosotros mismos que ya no es nuestra, que se fue con otro, que le dejamos a alguien.

Al respecto, en el *seminario X Lacan* (2017) dice: “sólo estamos de duelo por alguien de quien podemos decir Yo era su falta” y agrega “estamos de duelo por personas a quienes hemos tratado bien o mal y respecto a quienes no sabíamos que cumplíamos la función de estar en el lugar de su falta” (Lacan, 2017, p. 155).

De este modo Lacan enlaza duelo y falta, pero de una manera que suele repetirse mecánicamente y el enlace suele pasar inadvertido. Cuando afirma que estamos de duelo por “quien podemos decir Yo era su falta” todo el problema recae en ese “podemos decir”: ¿cómo decirlo? ¿cómo decir esa falta? ¿cómo saber qué representábamos para el otro? Después reconoce que “no sabíamos que cumplíamos la función de estar en el lugar de su falta”. Si no lo sabíamos ¿ahora sabemos? Porque, precisamente, el duelo nos confronta con el límite de lo que podemos decir, con el límite de lo que podemos saber. El duelo actualiza las preguntas constitutivas del deseo; ¿quién soy para el otro?, pone en juego aquel imposible que no le permite al sujeto medir cuales el lugar que ocupa en el otro. Por eso, el duelo no solo es perder al otro, sino que fundamentalmente es perderse uno como objeto para el otro, es perder las garantías de nuestra posición en el otro, algo que ya estaba perdido de entrada.

Decir “yo era su falta” no implica que pueda decirse que se era, hay algo muy doloroso en la pérdida que no es decible, en la medida en que no se alcanza a simbolizar lo que se ha perdido. Tal como situamos en el apartado anterior, los significantes no alcanzan a recubrir el agujero real que la pérdida dejó, siempre queda un resto no simbolizable e indecible que compromete lo más íntimo de la subjetividad del duelante.

19

En este punto resulta interesante pensar el duelo como un borde entre las palabras y lo que las excede. Un poema de Mirta Rosenberg (2018) dice “y ahora quiero quedarme sin palabras, saber perder lo que se pierde” (Rosenberg, 2018, p.158). Para perder lo que se pierde es preciso quedarse sin palabras, algo muy distinto a la resignación de la mudez. Quiero quedarme sin palabras, escribe la poeta. Hay allí un querer que se abisma en el límite del discurso. Y es en ese límite donde el duelo puede permitir que la falta cause un deseo que permita seguir viviendo, seguir amando, seguir deseando. La pérdida de un objeto de amor deja un vacío incolmable y el trabajo del duelo consistirá en ir poco a poco, pieza por pieza, bordeándolo con palabras y silencios. Por lo tanto, no se trata de encontrar un objeto sustituto sino del reconocimiento del agujero en la existencia que la pérdida de un objeto de amor provoca y poder hacer algo con el, es decir, poder subjetivarlo, inventar algo nuevo con ese agujero. Hacer del vacío un lugar por donde puede volver a respirar el deseo.

Entonces, retomando la pregunta inicial del escrito, ¿qué perdemos en lo que

perdemos?, es una pregunta que no tiene respuesta o que puede responderse parcialmente cada vez, una respuesta que tiene que ver con la experiencia subjetiva de la pérdida y el testimonio acerca de lo que implican ciertas pérdidas según el lugar o el valor subjetivo que conllevan para cada quien. Una respuesta que también estará ligada al modo singular de alojar lo indecible de la pérdida.

En este punto, es posible pensar que tal vez el trabajo del analista ante un paciente que llega a la consulta desgarrado por una pérdida sea alojar y acompañar ese tiempo de elaboración singular, un tiempo de tejido de palabras y silencios que irán bordeando la pérdida, posibilitando que haya espacio para otra cosa. La experiencia amorosa del análisis instala una temporalidad otra a la del ideal productivista del mercado permitiendo que los tiempos de quien sufre sean respetados.

No hay una manera ni un tiempo preestablecido, pautado para transitar un duelo. ¿Cuánto dura un amor?, ¿cuánto dura un duelo? son preguntas que no pueden responderse de ante mano. Cada duelo y cada amor instauran una temporalidad distinta que jamás podría protocolizarse o pautarse anticipadamente. En este sentido, el duelo, al igual que el amor, al igual que el deseo, disuelve cualquier posibilidad de cálculo, cualquier ideología de la estrategia, cualquier moral de la productividad.

Sin embargo, asistimos a una época donde impera un mandato de productividad incansable (que no cesó ni durante una pandemia) junto con una ideología mercantil de la felicidad llamada por Bifo Berardi (2003) ideología felicista que rechaza las diferencias en las experiencias. Se trata de una maquinaria que uniformiza lo diverso para hacerlo entrar en el mercado y convertirlo en objeto de consumo. El discurso mercantil reza “a todos nos pasa lo mismo” y establece entonces recetas a seguir para diferentes situaciones, imperativos que se traducen en un intento constante por homogenizar vivencias, relaciones, deseos, imponiendo una hegemonía de lo saludable y adecuado porque todo se hace en nombre del Bien y del cuidado. Muchas veces estas recetas intentan aplicarse al duelo ¡buscando protocolizar dolores y amores!, así se escucha hablar de etapas del duelo, de pasos a seguir, de fases a las cuales hay que adaptarse. Se establecen mandatos y directivas que si no se cumplen se constituyen en indicador de patologías. Y a su vez se indica que el individuo es culpable de no haber alcanzado los estándares.

Por el contrario, la ética del psicoanálisis marcha en dirección opuesta al ideal productivista del mercado al que solo le preocupa el cálculo y los resultados. Se trata de una ética que da lugar al malestar, a lo que no anda, respetando el síntoma del sujeto, así como los modos de desear y de duelar siempre singulares. Mientras que el discurso capitalista promueve el ideal de satisfacción, completud, control y autosuficiencia, la ética del psicoanálisis nos recuerda que el ideal productivista del mercado no es adaptable a la experiencia del duelo, cuestionando la maquina productiva que nos lleva a no poder parar, no tener tiempo que perder, a vivir suponiendo que no hay nada que perder.

Desde una posición ética lo que un analista puede ofrecer es la escucha y el acompañamiento ante el sufrimiento de alguien y no ceder frente a los ideales y

20

demandas impiadosas de felicidad que impone el escenario actual como recetas para lograr “el bienestar”. Tal como señala Lacan (2013) en el seminario *La ética del psicoanálisis*: “si es necesario hacer las cosas por el bien, en la práctica lisa y llanamente uno tiene que preguntarse por el bien de quién” (Lacan, 2013, p.391). Se trata de una pregunta ético política que pone en cuestión la ideología de las buenas intenciones como paradigma moralizante y técnica disciplinaria.

En el caso de los duelos, esta posición ética implica también alojar la diversidad y multiplicidad de reacciones posibles frente a la pérdida que una persona puede asumir, según su posición subjetiva, según el objeto de que se trate, según las circunstancias o momento particular de su existencia, sin patologizarlas o protocolizarlas. Solo así será

posible acompañar el trabajo de dar espacio a que algo nuevo se despliegue, a que un nuevo deseo se forme: un deseo de después del duelo. La ética del psicoanálisis, lejos de realzar el dolor, cómo a veces se le acusa, ubica la falta como estructural y a la vez como fuente del deseo, allí radica su potencia. Allí también radica la posibilidad de irrupción de un deseo inédito tras el duelo, de un espacio desconocido singular y original que se abre para que el deseo no agonice.

Tal como sostuvimos en apartados anteriores, el deseo necesita del espacio que permite escribir e inscribir un trazo nuevo, inventar algo con la falta, una ficción que se arma con restos de lo perdido. En las imposiciones de recetas y prescripciones sobre como transitar un duelo no hay espacio, sino mandatos y directivas que intentan abolir la dimensión de la pérdida y la ausencia necesarias para que se ponga en movimiento el deseo. Al respecto y para finalizar, consideramos interesante la definición que da Allouch (2009) cuando - según el mismo cuenta- en una conversación alguien le pregunta qué es la salud mental y el responde que la salud mental es poder pasar a otra cosa. Resulta también una interesante definición del trabajo del duelo. Conjeturamos que tal vez la resolución de un duelo implique la posibilidad de poder pasar a otra cosa. La idea de pasaje es solidaria a la idea de deseo como movimiento vital.

Pero pasar otra cosa no quiere decir superar el duelo y el dolor, sino ir más allá de él, es la posibilidad de inventar algo nuevo. No hay una manera preestablecida de pasar a otra cosa, otros encuentros, otros amores, sino que cada quien construye su modo singular de pasar a otra cosa, lo cual es muy diferente a adaptarse a etapas o seguir una receta. Pasar a otra cosa es lograr un saber hacer con la ausencia, inventar lo que hay (o puede haber) sin desconocer lo que no hay, lo que se fue. Pasar a otra cosa es construir un modo singular de alojar el vacío que implica decir “yo era su falta” y seguir adelante aceptando la fragilidad deseante de vivir sin garantías.

## Conclusiones

*De a poco irá renaciéndote la fuerza para volver a hallarte en la vida  
(Freud, Cartas a sus hijos)*

A lo largo de este trabajo que aquí se cierra –pero que, sin embargo, no por eso concluye totalmente-, hemos buscamos interrogar la categoría del duelo al interior de la doctrina analítica intentando reflexionar acerca de la relación existente entre duelo y

deseo.

Tras lo recorrido podemos concluir que ni Freud ni Lacan establecieron teorías del duelo y del deseo. Se aproximaron, con sus respectivos estilos, a esos conceptos, y formularon lo que nos interesa leer como intuiciones, sospechas, relámpagos clínicos que nos importan precisamente por su dimensión de lucidez evanescente y frágil. Ubicamos en ese abordaje desplazado, en esa forma indirecta de pensar el duelo, la decisión de ajustarse a la cualidad de un asunto que no se deja tomar directamente. Sostenemos que no hay posibilidad de construir un saber cerrado sobre el duelo o sobre el deseo, justamente porque son experiencias que agujerean el saber: nadie podría arrogarse saber qué es el duelo o qué es el deseo. Escribimos sobre ellos porque no se sabe, pero escribimos no para saber de ellos sino para mantenerlos insabidos. Se escribe para no saber, se escribe para bordear los agujeros en el saber y en nuestras existencias que dejan estas experiencias profundamente conmovedoras. Por eso, desde el inicio situamos al duelo como un desafío tanto para el sujeto del duelo como para la doctrina analítica que intenta pensarlo y teorizar sobre él.

Con Freud, ubicamos al duelo en las coordenadas de un trabajo psíquico que se pone en juego frente a la pérdida de un objeto de amor. El trabajo que el duelo opera está estrictamente ligado al deseo. Se trata de un trabajo que se realiza para volver a desear, para no quedar aplastado por el dolor de la pérdida. Situamos que el desprendimiento psíquico del objeto amado requiere construir su ausencia mediante un movimiento de ligazón - desligazón libidinal. El deseo se suscita en una dialéctica de presencia ausencia, por lo tanto si no se puede desplegar este vaivén, si el sujeto queda aplastado por la presente ausencia de lo perdido, el deseo no emerge, ya que este surge de la falta, del espacio y la diferencia que permite instalar algo nuevo.

Las dos escenas de lectura -*Duelo y melancolía* (1917) / *El yo y el ello* (1923)- sitúan dos instancias posibles del duelo en Freud, lejos de ser leídas como contradictorias, las ubicamos como versiones complementarias que nos permitieron pensar al trabajo del duelo como aquello que posibilita inscribir lo perdido como tal y relanzar el deseo. Hacia 1917 Freud sitúa la resolución del trabajo del duelo como la capacidad de investir nuevos objetos de amor, si bien lo plantea en términos de una sustitución, sostenemos que no se trata de un remplazo total sino de la posibilidad de relanzar la metáfora deseante a partir del encuentro con otros objetos que se diferencian del perdido. Desde la perspectiva psicoanalítica se considera que no hay un objeto adecuado para la satisfacción, el objeto está perdido desde el vamos y esto es condición de deseo. Por lo tanto, todo objeto es un sustituto inadecuado que posibilita que el deseo se sostenga.

Ahora bien, en una segunda escena de lectura freudiana, hacia 1923, ubicamos que el mecanismo identificatorio se presenta como parte operante y soporte del duelo en la medida en que la resignación del objeto es relevada por un proceso identificatorio. Para perder el objeto se requiere identificarse con él. Se trata de una identificación regresiva, parcial, que posibilita simbolizar la ausencia y por lo tanto elaborar la pérdida. Tras la pérdida queda un resto, una marca en el yo, por eso decimos que no hay duelo sin resto. Se trata de un trazo de lo perdido que relanza el deseo en la medida en que el yo se modifica con la elaboración de la pérdida. No se vuelve a ser el mismo a

partir de esta marca, pero la modificación no implica una transformación negativa, sino por el contrario, la posibilidad de arribar a una nueva posición deseante. A partir de este trazo recordatorio que conmemora la ausencia de lo que se amó se podrán investir otros objetos, de modo que la falta y la diferencia causen un deseo que posibilite seguir viviendo. En este sentido, concluimos que el duelo es deseable porque es el trabajo que permite no perderse en el dolor, no quedar melancolizado, permite volver al ruedo, escribir un texto nuevo, una ficción que se arma con los restos de la pérdida. En suma, el

duelo, como trabajo psíquico, es una forma de recuperar la vida deseante

Luego, con Lacan (2007), situamos al duelo en su carácter estructural, ya que la constitución del sujeto respecto al Otro involucra un duelo originario, siendo el *objeto a* aquel objeto irremediamente perdido que causa, motoriza el deseo. Desde el inicio hay que perder para desear, el duelo en tanto función instala la posición deseante del sujeto que se articula en torno a un vacío a partir del cual organizará su erótica. De este modo, el duelo original insta las condiciones de posibilidad de tramitar las pérdidas futuras y relanzar la vía del deseo. Así, ubicamos a las pérdidas contingentes como segunda pérdida en la medida que actualizan la pérdida estructural, el vacío incolmable. Desde la perspectiva lacaniana el duelo restituye la posición deseante del sujeto porque lo reenvía a la posición de falta como sujeto, aquella que habíamos ocupado para el otro. Todo duelo implica un cambio de posición, la pérdida de un lugar simbólico y la adquisición de otro a partir de un trabajo. Ese es el objeto que se pierde en un duelo.

El duelo en su versión laboriosa implica un tránsito, un recorrido que intenta circunscribir el vacío que deja la pérdida de un objeto de amor junto con aquello que de nosotros mismos se va con el otro. Inscribir la pérdida conlleva bordear el vacío que dejó lo perdido; con palabras, con silencios, con nuevos objetos y proyectos, producir así los bordes de un agujero, hacer de los agujeros una potencia por donde puede volver a circular el deseo. Lo cual no implica desconocer lo perdido sino construir un pasaje entre la presencia y la ausencia, entre el perder y el encontrar otra cosa distinta, que si bien no sustituye lo que se perdió permite seguir deseando.

Consideramos que el duelo restituye la posición deseante del sujeto porque lo confronta con la fragilidad de vivir sin garantías, esta es fundamentalmente la relación del duelo con el deseo. El duelo constituye la ocasión de retransitar la irreparable falta objetual que engendra al sujeto como tal, el duelo revela esta falta; la ausencia de un objeto adecuado y fundamentalmente la ausencia de garantías por parte del otro, la imposibilidad de calcular nuestra posición en el otro. Por eso mismo, el duelo muchas veces convoca al acto, habilita al sujeto a arriesgar y producir respuestas ahí donde el Otro falta. Se abre así camino a la irrupción de lo inédito, lo inesperado, un deseo desconocido, un vacío que tiene el germen de la novedad. Tras un duelo el mundo revela su estatuto de ficción, el fantasma revela su estatuto de ficción y surge entonces la posibilidad de hacer algo con ese vacío. Tal como señala Freud (2003) en su maravilloso texto *La transitoriedad*, aceptar la caducidad y fragilidad de las cosas de la vida es lo que permite que estas recuperen su valor y valga la pena vivirlas. El gran aporte freudiano allí es que no aceptar la muerte, lo transitorio, hace imposible vivir. La pérdida, a pesar y quizás como consecuencia de su dolor, puede desencadenar, en la medida de lo singularmente posible, el anhelo de vivir y la capacidad creativa. La experiencia de la falta, la contingencia y la provisionalidad nos coloca en una posición diferente frente a la vida, nos coloca en posición deseante.

Podemos concluir, entonces, que el duelo se caracteriza por ser un trabajo complejo, el cual comienza con un "punto de partida que es la noticia de la pérdida del objeto amado y como punto de llegada, la renuncia y el reencuentro con un deseo por la vida" (Mesa, 2012, p.4). Al decir de Zopke "al término del trabajo del duelo el sujeto recupera su deseo" (Zopke, 1991, p.70.), ese resto que conquistamos en el campo del Otro y que nombra a cada uno en su singularidad, recordándonos que no hay Otro completo, que no hay destinos pautados, no hay verdades absolutas, en suma, no hay garantías.

Por último, resulta importante ubicar en este momento de concluir, que en el recorrido del trabajo bibliográfico no hemos dejamos de lado la influencia de las pautas sociales y discursos de la época en la que estamos inscriptos a la hora de pensar el

trabajo del duelo. Ubicamos que el escenario actual está signado por el consumo y el capital que abrigan la promesa de que nada hará falta. Todo se puede reemplazar con objetos de consumo, dejando en claro el espejismo que lleva a buscar eludir y el dolor y el duelo. A su vez, el discurso del mercado se caracteriza por ser un discurso homogenizador, una máquina que uniformiza lo diverso bajo el mandato de "a todos nos pasa lo mismo," todos vivimos las cosas de la misma manera. De este modo, se torna esperable y universal aquello que es lo más singular de cada quien, por ejemplo la forma de atravesar un duelo. Se establecen pautas, recetas, etapas prefijadas que si no se siguen se constituyen en indicador de patologías. Y lo más cruel es que todo se hace en nombre del Bien, del cuidado y de las buenas intenciones. Lo que hace este paradigma es hacer creer que es posible un cálculo que nos de bien, que no nos haga perder, que las cuentas cierren. El mercado nos pretende rendidores, emprendedores, fuertes para no caer de los mandatos de productividad. Para poder obedecer a estas demandas del mercado, debemos alejarnos del dolor, de la pérdida del tiempo, de la pérdida del control, de la pérdida del saber, de la pérdida del sí mismo.

Se trata entonces de una época que forcluye al deseo y por lo tanto también al duelo, ya que este se entrama siempre con la posición deseante del sujeto. El duelo fisura el ideal mercantilista, ahí donde se trata de preservar y conservar la individualidad intacta y sin fisuras, lista para el rendimiento, por eso se busca evitarlo y protocolizarlo. El duelo deja a la vista, los agujeros, los hiatos las discontinuidades de la máquina productiva, pero también los espacios por donde puede circular el deseo.

En contraposición a la moral del capital, la ética del psicoanálisis es aquella que se encuentra en las antípodas de la promesa de felicidad y del ideal homogenizante, es aquella que permite alojar la fragilidad de vivir sin garantías, y en el caso del duelo es aquella que lleva a respetar el dolor, los tiempos singulares de elaboración, tiempo otro al productivo, y la multiplicidad de reacciones que una persona puede asumir frente a una pérdida significativa e irremplazable sin patologizarlas.

Dar lugar a la falta, afirmar la castración, la ausencia de El bien, de La felicidad, de ninguna manera transforma la ética del psicoanálisis en una ética pesimista. Por el contrario, la falta es la posibilidad de los actos creadores y apasionantes, la ausencia de La verdad, del Bien o de La felicidad es la condición de posibilidad de eventuales y contingentes; felicidades, verdades, bienestares. El psicoanálisis afirma, junto a lo que no hay, lo que puede crearse, inventarse.

Proponemos entonces una posición ética frente a los duelos, solo desde ahí será posible acompañar el dolor y el trabajo de ir de la pérdida al deseo. Acompañar el inventar un modo singular de pasar a otra cosa, definición de duelo que hemos inventado a partir de la definición de salud mental que da Allouch (2009) como la capacidad de poder pasar a otra cosa. En un duelo el pasar a otra cosa permitirá relanzar el deseo como movimiento vital, relanzarse a la siempre errática e inadaptada pesquisa de nuevos objetos, al encuentro de otros amores, de otros deseos, de otros dolores.

Finalmente, concluimos que la manera en la que cada uno desea no es universalizable por lo tanto la manera en que cada uno transita un duelo tampoco. Si comenzamos el recorrido con preguntas tal vez sea porque el duelo es fundamentalmente una pregunta, no hay una manera preestablecida de decir que es un duelo, solo después de transitarlo cada quien podrá nombrarlo, siempre parcialmente. El luto nos confronta con el vacío que nos causa, de modo que duelos y deseos agujeraran nuestras vidas volviéndolas dignas de ser vividas.

La propuesta de esta investigación bibliográfica fue pensar al duelo desde una perspectiva ética dándole el estatuto de desafío vital que se entrama en las singularidades deseantes. Nuestra intención es que lo trabajado hasta aquí en el TIF pueda propiciarse como motor para seguir pensando al duelo en las coordenadas de la época actual.

## Referencias bibliográficas

- Allouch, J. (1996). *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*. Buenos Aires: El cuenco de plata.
- Allouch, J. (2009). *Letra por letra*. Mexico: Epee editorial.
- Berardi, Bifo. (2003). *La fábrica de la infelicidad. Nuevas formas de trabajo y movimiento global*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Barthes, R. (2008). *Fragmentos de un discurso amoroso*. Buenos Aires: Ed. Siglo XXI.
- Barthes, R. (2009). *Diario de duelo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bauab, A. (2001). *Los tiempos del duelo*. Buenos Aires: Homo sapiens. Diccionario de la Real Academia Española (1987). España: Editorial Espasa Calpe.
- Faccendini, J. Zuliani, C. (2018). *Volver al duelo- ruedo: duelo, identificación, objeto*. Rosario: Laborde Editor.
- Freud, S. (2003). *Obras completas vol. XIV: De guerra y muerte*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2003). *Obras completas vol. XIV: La transitoriedad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2006). *Obras completas vol. IV: La interpretación de los sueños*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2006). *Obras completas vol. XIV: Duelo y melancolía*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2008). *Obras completas vol. XIX: El yo y el ello*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2009). *Obras completas vol. XIV: Introducción del Narcisismo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2009). *Obras completas vol. XVIII: Más allá del principio de placer*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2012). *Sigmund Freud. Cartas a sus hijos*. Buenos Aires: Paidós.
- García, J. (2009). *La Muerte y el Objeto*. Revista Uruguaya de Psicoanálisis. Recuperado de: <http://www.apuruguay.org/apurevista/2000/16887247200910805.pdf>
- Lacan, J. (2002). *El estadio del espejo como formador de la función del yo [Je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (2013). *Seminario VII: La Ética del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2016). *Seminario VI: El deseo y su interpretación*. Buenos Aires:

Paidós. Lacan, J. (2017). Seminario X: La angustia. Buenos Aires: Paidós.

25

Landriel, C. (2016). Algunas consideraciones sobre el duelo a partir de la obra de S. Freud. Buenos Aires: Letra Viva.

Mesa, C. (2012). El duelo es un trabajo. Recuperado de <http://hdl.handle.net/10495/2887>

Paciuk, S. (1998). Duelos depresivos y duelos reparatorios. Revista Uruguaya de psicoanálisis. Recuperado de:  
<https://www.apuruguay.org/apurevista/1990/1688724719988806.pdf>

Pelegrí, M. y Romeu, M. (2011). El duelo, más allá del dolor. Desde el Jardín de Freud. Recuperado de: <https://revistas.unal.edu.co/index.php/jardin/article/view/27228/27505>

Ripesi, D. (2014). Quemar las naves. Buenos Aires: Letra viva

Rosenberg, M. (2018). El árbol de palabras. Obra reunida 1984/2018. Buenos Aires: Bajo la luna.

Strachey, J. (2006). Nota introductoria. Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu

Zopke, P. (1991). Mujeres. Rosario: Homo Sapiens.

Zopke, P. (1997). Ecuador: Límite y limitación del psicoanálisis. Rosario: Homo Sapiens.

